

La contigüidad geográfica y cultural de México y Cuba comienza desde muy lejana fecha y con el tiempo ha aumentado y diversificado sus ramificaciones. De Cuba parte la expedición dirigida por Hernán Cortés para la empresa continental y, más tarde, convertida la isla en Capitanía General, se adscribe al vecino virreinato de la Nueva España. El tráfico de los pobladores ha sido continuo entre estos dos países y encuentra su representación en un diverso conjunto de figuras de la política, la cultura y las más variadas ocupaciones. Todo esto, unido con la singular predilección que ambas naciones se prodigan, explica la presencia de una nutrida bibliografía que se comparte. Pues junto con los hombres que han cruzado el mar en una u otra dirección, han ido los libros, las ideas y a partir de un vínculo establecido, las cartas donde intercambian impresiones sobre ese suceso cotidiano que es la vida.

De hecho, durante largo tiempo, Cuba depende en gran parte para satisfacer sus necesidades de libros de su vecino México: la imprenta —que se introduce en México en 1539, en los albores de la colonia— no llega a Cuba hasta 1728, si admitimos esta fecha a partir del primer impreso insular detectado, la *Tarifa general de precios de medicinas*, ejecutado por el flamenco Carlos Havré en sus talleres habaneros. Ciento ochenta y nueve años —casi dos siglos— lleva de ventaja México a Cuba en este sentido. Las incipientes bibliotecas de los germinales criollos cubanos se nutrían por una parte de lo que llegaba de España y por otra de las remesas de libros que encargaban a México y Perú. Contra la conservación de esas colecciones ha conspirado decisivamente el clima de la isla; mucho se habrá perdido con las altas temperaturas y la intensa humedad cubanas, pero todavía puede juzgarse la enorme trascendencia del vínculo por lo que queda aún. Cuando España se retira definitivamente de México, traslada la mayor parte de sus archivos virreinales a La Habana y no es hasta 1898 que son transportados a la península cuando termina la presencia ibérica en la isla. Sin embargo, muchos papeles quedaron dispersos en la prisa y constituyen actualmente un rico y casi inexplorado filón de datos que permanecen en el Archivo Nacional de Cuba, en condiciones que nunca han sido las óptimas.

Cuatro son hoy las bibliotecas especialmente interesantes para el investigador de rarezas que existen en Cuba: la Biblioteca Nacional —que tiene un excelente fondo reservado que durante muchos años atendiera ejemplarmente el fallecido Israel Echeverría—, la Biblioteca del Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba —que heredó los ricos acervos de la extinta Sociedad Económica de Amigos del País—, la Biblioteca Central de la Universidad de La Habana y el “Fondo Francisco de Paula Coronado” de la Universidad Central de Las Villas; hay otras colecciones privadas, o pertenecientes a las órdenes religiosas establecidas en Cuba, que resultan de mucho interés, como las de los dominicos y los jesuitas y en especial la del Seminario de San Carlos.

En esos lugares se conserva una copiosa bibliografía mexicana en la cual predominan los asuntos históricos. La *Historia de la Nueva España, escrita por su esclarecido conquistador don Hernando Cortés* —es el título completo—, corregida y aumentada por el arzobispo de México don Francisco Antonio de Lorenzana e impresa por don Joseph Antonio de Hoya en los talleres de Hogal, propiedad de Manuel Villavicencio, en México (1769), es una pieza hermosa en cuya portada aparece una alegoría que representa a la ciudad de México sosteniendo la mitra episcopal y la teja de los obispos. La obra incluye, entre otras ilustraciones, un hermoso mapa de México donde aparecen trazados los viajes de Hernán Cortés y un grabado de Navarro del “Grande Templo de México” (*sic*). La obra está compuesta por las palabras preliminares escritas por el arzobispo, un estudio de la sucesión de los gobiernos virreinales, las tres cartas de Cortés conservadas dirigidas a Carlos V y una crónica del viaje que el conquistador realizara a la llamada California.

Otro ejemplar valiosísimo es uno de la primera edición de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo, preparada adulteradamente por el mercedario fray Alonso Remón en la Imprenta madrileña del Reyno (*sic*) en 1632, a partir de uno de los dos ejemplares en limpio que dejara Bernal al terminar su redacción, el 26 de febrero de 1568, en Guatemala. Esta obra, dedicada al rey de España Felipe IV, relata en su proemio que terminó de prepararse el 10 de junio de 1630 y fue revisada por Gil González Dávila —cronista del rey— y Luis Tribaldes de Toledo —también cronista real y mayor de las Indias—. Incluye una nota del propio Bernal Díaz que asombra por su actualidad: “Pido merced a los señores impresores, que no quiten, ni añadan más letras de las que aquí sean”. Seguidamente aparece la dedicatoria del libro que hace el padre Remón a Lorenzo Ramírez, embajador español ante Luis XIII de Francia. Esta edición ofrece unas hermosas letras capitales y finales de capítulos adornados de churriguerescas viñetas que aumentan su valor visual y artístico.

De Antonio de Solís y Ribadeneyra se conserva un ejemplar de la *Historia de la conquista de México* editada por los madrileños Gaspar y Roig en 1851, como reimpresión de la original de 1685, escrita como continuación de la *Historia de las Indias Occidentales*.

Otro libro valioso mexicano que se encuentra en Cuba es un ejemplar de la primera edición del *Códice Ramírez* y la *Crónica mexicana* de Fernando Alvarado Tezozomoc, preparada por Orozco y Berra y editada por José Vigil en la Imprenta y Litografía de Ireneo Paz (México, 1878). El *Códice* fue descubierto por el archivólogo José Fernando Ramírez en el convento Grande de San Francisco de México, el 16 de septiembre de 1856. Se supone con bastante certitud que esta obra fue principalísima fuente —no citada, por cierto— de la *Historia de los indios* escrita por el fraile dominico Diego Durán.

Un ejemplar de la reimpresión que se realiza en Leipzig (1887) del *Vocabulario en lengua castellana y mexicana*, de fray Alonso de Molina —originalmente editada por Antonio de Espinosa, discípulo del primer impresor Juan Pablos de Brescia (México, 1571)— se conserva también en bibliotecas cubanas. Conocido entre los bibliófilos sólo como "El Molina" responde a aquella edición en que fueron impresas unidas las dos partes originales de la obra y es una extremada rareza bibliográfica.

Más cercano, pero igualmente raro —pues que sepa no se ha vuelto a editar— es otro ejemplar detectado en Cuba del *Vocabulario castellano-zapoteco*, conocido también como "Manuscrito del Valle" (aunque algunos atribuyen su paternidad al fraile Cristóbal de Agüero), editado por única vez en 1893 por la Junta Colombina de México —como parte de los festejos de celebración del Cuarto Centenario del Descubrimiento—, a quien donó la obra su propietario don Porfirio Díaz. Fue impreso por la Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, en México.

Un curioso folleto de tema mexicano, impreso por la casa barcelonesa de Quintana en 1811, es "Clamores de los europeos que viven en América a sus paisanos de España", escrito por Juan López Cancelada. Es un panfleto exculpatorio bastante pueril relacionado con la rebelión iniciada en Guanajuato, donde se impugna la europeidad de Hidalgo, Allende, Aldama, Abasolo y otros. Este suelto, del 14 de enero de 1811, continúa en otro del mismo Cancelada, titulado "La verdad sabida y buena fe guardada. Origen de la espantosa revolución de Nueva España, comenzada en 15 de septiembre de 1810, y defensa de la fidelidad de estas regiones a la corona española", impreso en Cádiz, también en 1811, en el cual defiende —entre otros aspectos coloniales— el monopolio español de América en un título que se explica solo: "Ruina de la Nueva España si se declara el comercio libre con los extranjeros".

Otra edición curiosa de tema mexicano en bibliotecas cubanas es la muy preciosa *The History of Mexico*, del abate Francisco Javier Saverio y

Clavijero, impresa en Filadelfia (1817). Su tipografía es de una destacada opulencia.

En 1824, la casa parisina de Charles Gosselin edita la traducción que del inglés realizara Parisot de las *Memorias autobiográficas* de Agustín de Iturbide. Esta obra incluye un apéndice titulado "Piezas Justificativas", donde Iturbide descarga los ataques contra él y es un testimonio de primera mano en la historia del convulso periodo que se conserva en Cuba.

Caso realmente notable es el del casi invidente William H. Prescott, que dedicó su mucha luz intelectual a componer documentadísimas obras sobre la historia americana. Una de éstas, los seis volúmenes de su *Historia de la conquista de México*, se encuentra íntegra en Cuba, en su primera edición en lengua española realizada por la imprenta mexicana de Ignacio Cumplido (1844), traducida por Joaquín Navarro. Cumplido la adornó con una soberbia cromolitografía que da muestra del desarrollo de las artes gráficas en México, apenas veinte años después que fuera introducida la litografía por Claudio Linati.

Del controvertido historiador Lucas Alamán se conserva también su *Historia de México* en cinco volúmenes impresos por Lara (México, 1852). Muy nutrida es la bibliografía mexicana del siglo XIX conservada en Cuba; entre ella, el interesante opúsculo *Un trono en México* escrito por Francisco M. Tubino y editado por la imprenta gaditana "La Andalucía", en 1862, justo en medio de los avatares imperiales de Maximiliano de Austria. En especial sobre el tema de esta desastrosa aventura, también pueden consultarse en La Habana los libros de la biblioteca especializada del Museo Napoleónico de Cuba, que reúne las piezas de las colecciones de Orestes Ferrara y Julio Lobo Olavarria. Sobre el imperio mexicano y sobre Napoleón III, aparecen numerosas piezas relacionadas con México.

La hemerografía mexicana está igualmente representada en las colecciones cubanas y para afirmar esto sirvan de ejemplo las dos piezas valiosas que conserva la Biblioteca Central de la Universidad habanera: *El Apuntador. Semanario de teatros, costumbres, literatura y variedades* (publicado en México en 1841 y que incluye hermosas láminas y retratos) y *El Recreo de las Familias* (editado en 1838 y también con retratos que dan idea del incipiente auge de la litografía mexicana de la época). Ambos tomos son muestras destacadas de lo que sobre revistas y periódicos mexicanos se conserva en Cuba.

Esto queda dicho como breve ojeada sobre los libros y periódicos relacionados con México que existen en algunas bibliotecas cubanas. En cuanto a los manuscritos y diversos documentos que se conservan, sólo en la Biblioteca Nacional hay 113 registrados, de los cuales 5 pertenecen a la época colonial, 14 a la etapa independentista, 93 a la republicana y sólo uno a la época revolucionaria. Dos expedientes especialmente nutridos corresponden a dos cubanos que vivieron y murieron en México; el prime-

ro, el poeta, periodista y traductor José María Heredia, y el segundo, el escritor, político y periodista Pedro Santacilia Palacios, yerno de Benito Juárez y su secretario en los difíciles días trashumantes de la resistencia contra los franceses. Luis Ángel Argüelles Espinosa ha realizado una valiosa recopilación de estos documentos,¹ que indica las prometedoras líneas de búsqueda que aún no han sido transitadas.

El polígrafo y erudito cubano Vidal Morales y Morales (1848-1904) reunió copias de varios documentos sobre la conquista y colonización de México, especialmente relacionados con la legislación aplicada en Nueva España durante el periodo 1515-1532 para regular el trato de los indígenas. Antes, estos documentos habían pertenecido a José Antonio Saco, autor de una monumental *Historia de la esclavitud*. Otro documento, original, conservado en la Biblioteca Nacional Cubana se titula "Representación de la ciudad de Méjico hecha al Rey nro. Señor sobre el mérito, aptitud, fidelidad pa. obtener los naturales americanos los empleos y dignidades mayores contra un informe prestado por un Ministro o Prelado", firmado en México (mayo de 1771).

De veinte años después se conservan dos cartas firmadas por Alonso, arzobispo de México, dirigidas a Casimiro Arango (correspondientes al 8 y 29 de enero de 1791). Comunican aspectos diversos, donde se elogian algunos productos y se ofrecen noticias sobre ataques piráticos.

Del control ideológico en los umbrales de la lucha independentista pueden dar muestra los dos informes —también conservados allí— que José Agustín Caballero y Rodríguez de la Barrera (1762-1835) dirige al presidente y capitán general "sobre tres papeles de Yucatán que han sometido a su censura", desde el Conciliar Colegio Seminario, en 13 y 17 de junio de 1805. Otro documento interesante de la colección es un anónimo que da noticia sobre "dos cartas aprehendidas en manos de Covarrubias por el tribunal de la Inquisición", que informan sobre el cambio del virrey.

Ya en la época de la independencia mexicana, la atención sobre los sucesos se redobra pues, por diversas razones, muchas personas en Cuba estaban interesadas en mantenerse bien informadas sobre el asunto. De 1810, calculando por los sucesos a los cuales hace referencia, es la "Relación de los sucesos revolucionarios acaecidos en el reino de Nueva España desde el 16 de septiembre-noviembre, 1810". Es de un claro tinte

¹ Luis Ángel Argüelles Espinosa, "Catálogo de manuscritos sobre México en la Biblioteca Nacional de Cuba", *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* (Habana), n.º 3, septiembre-diciembre de 1982, p. 181-202. Para profundizar en el estudio de los múltiples aspectos de la relación histórica entre México y Cuba, puede consultarse de este mismo autor su libro *Temas cubano-mexicanos*, editado en 1989 por el Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM, sobre el cual comentamos en nuestro artículo "Un buen comienzo", publicado en "Sábado" (*Uno Más Uno*), n.º 704, 30 de marzo de 1991, p. 14.

contrarrevolucionario, pues habla del movimiento de Hidalgo como "antifilantrópico" y carga la mano en describir la crueldad de la lucha.

Varios son los documentos sobre el primer imperio mexicano que se conservan en la Biblioteca Nacional en La Habana. El más antiguo es una lista elaborada por Iturbide con las propuestas para la Junta "Gubernativa" (*sic*) "que propongo al Virrey Conde de Venadito, para la Independencia de la América Septentrional", firmada en Iguala el 24 de febrero de 1821; otro es la "Proclama del Ayuntamiento de México a su fidelísimo vecindario, recomendándole la ratificación a la Constitución de la Monarquía Española" (México, 3 de marzo de 1821); trascendente es este otro: "Capitulación concertada entre Agustín de Iturbide, Primer Jefe del Ejército Imperial Mexicano de las Tres Garantías y el Comandante de la Plaza de Valladolid, Manuel Rodríguez de Cela, Teniente Coronel del Regimiento de Barcelona" (Valladolid, 26 de mayo de 1821). Original de Iturbide es la "Proclama a los oficiales y soldados del Batallón Iro. de Zaragoza y el de Compañía de Preferencia del 6o. Regimiento de Zamora", firmada en San José Casas Viejas, el 22 de junio de 1821. Otra muestra de capitulación —esta vez entre Iturbide y el brigadier Domingo Luaces, comandante general de Querétaro— se conserva en el legajo y aparece trasuntada en Madrid, el 27 de diciembre de 1826; de este mismo estilo son las de las ciudades de Puebla (firmada en la Hacienda San Martín el 28 de julio de 1821), Villa de Etla (30 de julio de 1821) y otras, como las del fuerte de San Carlos de Perote (entre Antonio López de Santa Anna y su adversario, el 8 de octubre de 1821) y la de Acapulco (entre Diego García y Juan Álvarez, el 5 de octubre de 1821).

En el mismo año de su muerte, Juan O'Donojú firmaba la "Proclama a los dignos militares y heroicos habitantes de Veracruz", el 4 de agosto de 1821, que aparece en la misma colección. A ella pertenece también la pormenorizada "Noticia documentada de las últimas ocurrencias con Francisco Novella, Mariscal de Campo, Sub-inspector de Artillería y Comandante General interino de la plaza de Méjico, mandadas a publicar por Agustín de Iturbide, Primer Jefe de la nación, para conocimiento y satisfacción de las provincias", dictada en Puebla el 12 de agosto de 1821.

Un manuscrito, al parecer copia de un impreso según nota al margen ("Impreso en Guadalajara y reimpresso en México en la Imprenta Imperial") es el "Convenio de Durango", del 3 de septiembre de 1821 y, del mismo año, una curiosa copia de la rúbrica de Miguel Hidalgo y Costilla.

De Ramón Gutiérrez del Mazo, y del 16 de enero de 1822, es la "Comunicación relacionada con la suspensión de pasaportes por la Regencia del Imperio", firmada en México. Entre Domingo Luaces, Juan Bautista Topete y José Aldama se cruzan cuatro cartas que conserva el legajo, donde el primero y el último proponen al segundo una conspiración para entregar el Castillo de San Juan de Ulúa, a lo que se niega, y fueron

escritas entre los días 6 y 10 de febrero de 1822. Ese año cierra con la copia de un interesante documento: el "Decreto de la Regencia del Imperio nombrando Emperador Constitucional a Agustín Iturbide", del 21 de mayo de 1822.

De José María Heredia hay un total de 32 cartas, dirigidas entre 1824 y 1837 a su madre en Cuba y amigos como Silvestre Luis Alfonso, Tomás Gener y Bohigas, además de funcionarios como el capitán general de Cuba, Miguel Tacón. Existen también otros documentos, como el pasaporte que a su favor expidiera el presidente Guadalupe Victoria y varias cartas de recomendación y aval por autoridades mexicanas, así como distintos nombramientos oficiales. De Heredia se conservan también otros documentos curiosos, relacionados fundamentalmente con su desempeño en el Instituto Artístico Literario de Toluca, del cual fue fundador, antepasado de la actual Universidad Autónoma del Estado de México.

Otros papeles valiosos se conservan, como la carta de Francisco Armero y Peñaranda, marqués de Nervión, informando la posibilidad de enviar una expedición española para reconquistar México, fechada en 1857 y que puede ser interesante para aportar detalles de las relaciones entre la antigua metrópoli y su colonia ya emancipada.

La correspondencia entre cubanos y mexicanos forma un abultado legajo que se conserva en esta biblioteca. Intercambio de opiniones, sueños, problemas, aspiraciones, proyectos compartidos, en fin, la amplísima gama de una vocación sustentada por ambas partes con igual solitud y detalle. Uno de esos hombres "puente" fue el cubano-mexicano Pedro Santacilia, hombre de confianza de Juárez —de quien era yerno— en los difíciles momentos de su periplo estimulador del sentimiento nacional.

Papeles añosos que hablan de una amistad, hermanada en problemas comunes, esta colección no sólo muestra lo que existe, sino lo que puede haber cuando una indagación mantenida agote en lo posible las fuentes de búsqueda. Esto apenas sería el comienzo de algo que, paradójicamente, comenzó hace mucho tiempo.

Para terminar, quiero agradecer especial y destacadamente la colaboración que para este estudio me facilitó el laborioso y desinteresado amigo, licenciado Luis Ángel Argüelles Espinosa.

